



YA ESTAMOS EN THISES, CABALLERO.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

I. ENCUENTRO AZAROSO.

(Continuacion.)

Luego que anduvieron veinte pasos:

—Vais agoviado de fatiga, le dijo; dadme vuestro equipage ¡Aquí, Bug!

Cogió el saco de Federico y le colgó por las correas al cuello del alano.

—Ahora para aliviaros de peso, continuó, tomad mi palo dadme vuestra escopeta.

Oyó el jóven con desconfianza proposicion semejante, y adivinando el desconocido su pensamiento, añadió:

—¡Dios me perdone! Sin duda me creéis capaz de una fechoría: no insisto en la demanda: no hay porque me tome el trabajo de sincerar de tan ruin sospecha.

—Inútil sería con efecto: os suplico que olvidéis un movimiento que no ha estado en mi mano reprimir: tomadla.

—Sea en buen hora: no será mas temible en mis manos esta arma de fuego que el nudoso palo de que os he provisto.

—Y diciendo y haciendo disparó la escopeta al aire.

—¡Ah! ¡Ah! dijo oyendo sonar mas cerca el ruido de campanillas que hizo antes notar á Federico; vé ahí los jacos de posta, les ha asustado la explosion, y el miedo los hace mas listos que el mas vigoroso latigazo.

—¡Ohé! ¡ohé! por ahí bajo, gritaron dos voces roncadas y lejanas todavía, brilló una luz, pasaron al trote y á la desbandada algunos jacos con fardos de telas; en seguida aparecieron al fin de la senda: uno de ellos llevaba un farol, y ambos corrian tras de los jacos, detuvieron un poco su carrera al acercarse á Federico y á su camarada.

—¡Malos demonios os lleven! gritó uno de ellos: ¿qué diantres saldriais á estas horas.

—¡Mirlos blancos! respondió el jóven, picado de tan rudo apóstrofe.

—Yo os enseñaré á no andar con tales bromas quien quiera que seais vos, y vuestro camarada.

—Déjalos, Pedro, no armes camorra, dijo llevándosele consigo el del farol, ¿no conoces al mas alto de esos? Es el señor....

Federico no pudo oír el apellido pronunciado en voz baja por aquel hombre. Volvió el rostro hácia su compañero de viaje, y á los últimos fulgores del farol que se alejaba, le vió caminar taciturno, absorto en sus ideas, y como si no hubiese parado mientes en nada de lo ocurrido.

—Disimulad, le dijo, que interrumpa vuestras meditaciones; quizá mi pregunta os parezca indiscreta, mas como tengo favores que agradeceros, desearia saber vuestro nombre.

—Sois como todos, necesitais saber el nombre para apreciar la cosa. ¿Qué puede importar el nombre de un individuo á quien habeis hallado por casualidad, y quizá no volveréis á ver nunca? Lo mismo y aun menos todavía que el de la etiqueta de un frasco ó de un bote; pues ninguna idea esplican las letras que lo componen ni anuncian lo que abrigan en el corazon y en la cabeza; mas ya que os place saber el mio me llamo... de Argele. Dadme el brazo, porque el precipicio está á diez pasos frente á nosotros. Giraron á la izquierda: no le vino mal el apoyo á Federico; pues el camino desigual y cortado por las rocas descendia en rápida pendiente, y se hundia en una garganta circular semejante á un inmeaso embudo, y las tinieblas eran tales, que no veia al que le tocaba con el hombro. Solo algunas estrellas brillaban en el firmamento, mas resplandecian encima de sus cabezas sin rasgar la sombra condensada á sus pies y en torno suyo.

—Es verdad, dijo Federico, que dificilmente hallaria un novelista sitio mas á propósito para colocar una escena de bandidos, ó para evocar apariciones espantosas. Rocas, cavernas, abismos, nada falta, y á cada paso creo sentir una mano invisible asida á mi cuello.

—No hay ejemplo en este pais de ningun ataque nocturno, si se exceptúan las venganzas particulares. ¿Es esta la vez primera que pasais por aqui?

—Si señor; tuve capricho de atravesar á pie parte de las montañas del Beaujolais: salí de Lyon ayer mañana.

—¿Residis en Lyon?

—Cuatro años hace.

—Se hallará establecida allí vuestra familia.

—¿Y quiénois ha dicho que la tengo?

—Lo supongo, porque no teneis edad para haber visto morir de viejos á vuestros padres.

—Pues no tengo ya madre.

Despues de breve pausa añadió Federico en tono irónico:

—Sabeis lo que digo, que para quien censura la curiosidad de los demas....

—Soy bastante curioso ¿No es eso? En verdad que no sé por qué os he dirigido esta pregunta.

Si Federico hubiera podido contemplar el rostro de Argele, no hubiera creído en su aparente indiferencia. Con efecto, desde que empezó á preguntar al jóven escuchaba cada una de sus respuestas con ansiedad notoria y hablaba muy despacio para disimular la emccion que hacia temblar su voz.

—No lo tomeis á burla, dijo Federico. Mi padre que se ha casado de segundas nupcias hace algunos años, es armador en Marsella y se llama Remond.

Al oír este nombre tembló de Argele de los pies á la cabeza, y hasta se le escapó un grito sordo, que sofocó al punto.

—¿Que teneis? preguntó el jóven haciendo alto.

—Nada... un desvanecimiento, una palpitation violenta, suelo padecer de este achaque; pero ya se me ha pasado, continuemos nuestro camino.

Hallábanse en el punto mas peligroso de la montaña. Apesar de lo escabroso de la senda, de la indisposicion de Argele que debió debilitar sus fuerzas, guiaba con rapidez á Federico. Al cabo de media hora no era ya la oscuridad tan profunda, pasaron junto á algunas chozas, y luego llegaron á un grupo de casas.

—Ya estamos en Thises, caballero, ahora conviene buscaros hospedaje.

—¿No hay posadas en este pueblo?

—Hay una y esa mala, donde dormireis mal, y cenareis peor, si cenais: ¿quereis hospedaros en mi casa?

—Temeria seros molesto.

—Si no alegais otra razon, es cosa hecha: seréis mi huésped esta noche. Anda, Bug, añadió desembarazándole del saco, anuncia nuestra llegada.

Lanzóse el alano hácia la puerta de una casita aislada, ladró delante de ella, y se abrió á poco. A la claridad de una linterna, distinguió Federico á una criada, que á la vista de un forastero retrocedió de asombro.

—Entrad dijo de Argele á Federico.

(Continuad.)

VIRIATO,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS, POR DON MANUEL HERNANDO PIZARRO.

Cervantes, Naharro ó el capitán Virues, (que á todos tres se les atribuye el milagro) hicieron la gracia de poner en tres actos la comedia, y antes de estos señores, el señor Téspis tuvo á bien dar un impulsillo á la tragedia, y dividirla en actos. En nuestros días á toda clase de obras dramáticas preceden cuatro palabritas al público, que con el tiempo (y esperamos que no se tarde mucho) serán leídas en alta voz por algun tras-punte antes de empezar la representación. Y como quiera que no tenemos facultades para despreciar esa clase de prólogos, ni podemos prescindir de ser una parte de ese público á quien se dirige el señor Pizarro con las primeras líneas de su preámbulo. Dos planas y media de prosa, por las cuales daremos un vistazo antes de examinar ligeramente la tragedia.

Empieza diciendo, que «el suceso de su obra ha sido barto superior á sus débiles esperanzas.» Esto pudo haber sido una solemne mentira, si el público hubiese tenido la injusticia ó el capricho, que á todo está sujeta la flaqueza humana, de silbar la obra del señor Pizarro, digna del éxito que ha tenido. Cuando se imprimian aquellas palabras se estaba ensayando el Viriato, y de consiguiente el citado prólogo es á la literatura lo que á la política el discurso pronunciado en las cortes, que venden los ciegos antes de llegar S. M. al sitio en que se ha de leer el discurso. Pero ya se ve, el autor de la tragedia, modesto con exceso, no acierta en la segunda parte de la profecía, donde dice, que «el buen éxito se debió al inimitable desempeño de doña Matilde Díez y don Julian Romea.» Falta de tal modo á la verdad en esto, que solo en gracia de haberlo dicho á ciegas se le puede perdonar la palabrilla inimitable, especialmente por parte del don Julian. Quéjase despues, y en esto vamos de acuerdo, de la escasez de actores trágicos; pero al señor Pizarro le habrá parecido mayor la falta por haber juzgado inimitable en la tragedia al señor Romea. Nosotros no disputaremos sobre el adjetivo de calificación; estamos persuadidos de que Romea no es trágico, y todo lo demas sobra por ahora; el mismo que proféticamente le ha prodigado esos elogios, estará arrepentido á estas horas, y llorará en silencio el mal desempeño que tuvo su obra.

Gustanos mucho ver al señor Pizarro con la bandera clásica en la mano, ofrecer bajo su sombra una obra de la escuela abolida pero sentimos que, si desea como dice la nueva reacción dramática que está indicada, acrimine con tanta ligereza los dramas de A. Dumas apellidándolos «cuentos puestos en diálogo.» Ni esta definición es exacta, ni debe olvidarse tampoco que el primer paso en nuestra revolución dramática, ha sido indicado por la escuela romántica. Condénese enhorabuena esa libertad absoluta, y esa emancipación prematura de las reglas, que no es otra cosa sino un completo desbara-

juste de ideas; pero no se olvide la diferencia que necesariamente debe existir entre una medida reaccionaria, y una imitación servil de una escuela cualquiera. Las revoluciones literarias, son ni mas ni menos que las políticas y que todas las revoluciones en general; El tiempo ha de apreciarse por segundos, y no debe dejarse para mañana, lo que pueda efectuarse hoy. Díganos el señor Pizarro, si la *Andrómeda* de Eurípides, por ejemplo, alcanzaria buen éxito en nuestro teatro del Príncipe, aunque la desempeñase el mismo Romea! Pues si es innegable que la *Virginia* de Montfano, no se parece en nada al *Absalon* de Fregenal, no lo es menos que la tragedia en esos 300 años que mediaron de una á otra época, recibió de mano de Guillen de Castro, Bermudez, Cervantes, Lope de Vega y otros, los adelantos que reclamaba el gusto y las exigencias de cada siglo. Ahora bien ¿será conveniente estacionarla nosotros, so pretexto de no perder los preceptos clásicos, y de que los reformadores tienen algunos pensamientos descabellados? Convenir en esto seria lo mismo que traer á Téspis y hacerle representar en una carreta cubierta de verde y tirada por bueyes.

Pero las pocas líneas que tenemos á nuestra disposición, y las últimas que dirige al público el señor Pizarro, nos obligan á decir con dicho señor que su tragedia no puede servir de norma, por mas que en ella estén apreciadas con laudable tino, todos los preceptos del arte; y por mas que tenga buen verso en general, y una pureza de lenguaje poco comun en nuestros días.

El plan de la obra está muy bien presentado, y conducida la fábula con ingenio; apártase algun tanto de la verdad histórica, pero el objeto que al hacerlo así ha llevado el autor le disculpa sobradamente; y en cuanto á presentar como mas odiosa la agresión pérfida de los romanos lo ha conseguido. Lo que encontramos menos verosímil y algo repugnante, es la confirmación del destierro de Virginia por Viriato, despues de disipados los celos que le causara Pompeyo; y esto resalta tanto mas, cuanto que antes del duelo entre los dos amantes, se confiesa Viriato tan dominado por el amor, con su amigo Sausa, que llora, y siente perder el valor y el aliento.

Ultimamente los malhadados límites, me hacen desalojar las columnas del periódico, y me veo precisado á concluir, cuando empezar debiera á citar algunas bellezas del Viriato. Obra, que confieso haber tratado con demasiada acritud, por ser íntimo amigo de su autor, y pensar en distinto modo que en general se acostumbra. Me felicito sinceramente con el señor Pizarro por el buen éxito de su obra, y esto lo hago sin mas objeto que el de comprometerle con el público para que siga dando cada día nuevas muestras de su ingenio, y de sus conocimientos en el arte, sin dejar unos intervalos tan largos como el trascurrido desde que dió al mismo teatro su *Gonzalo de Córdoba* el año de 1828. Verdad es que los amigos hemos visto en ese tiempo otras producciones del señor Pizarro, entre ellas su tragedia *Guzman el Bueno* presentada al teatro mucho antes que el señor Gil y Zárate, escribiese su drama.

VERBI-GRACIA.

A DOLORES.

Guadalquivir, en cuya márgen pura,
Corrí feliz de la existencia mia
Gratas horas de paz y de ventura,
Que halagaron mi loca fantasía;
Horas ¡ay Dios! de mágica dulzura,
En que de gozo el corazón latía
Cuando no ansiaba el alma otros amores,
Que el dulce amor de las nacientes flores.

Yo te adoraba con delirio ardiente,
Guadalquivir, y tu apacible seno
Dichoso contemplaba dulcemente
Lleno de amor y de entusiasmo lleno,
Y mecido en límpida corriente
Bajo un hermoso cielo azul sereno,
Aquellas horas de ilusión volaron,
Y un recuerdo tan solo me dejaron.

Era una tarde, el sol esplendoroso
Ocultaba su faz en Occidente,
Y á tu lado, Dolores, venturoso,
En tus encantos se abrasó mi mente.
El céfiro halagaba voluptuoso,
Tu eburneo cuello, tu modesta frente,
Y aun que de amor mi corazón ardía,
Callando amaba y por tu amor moría.

Que era puro mi amor, virgen divina,
Puro como la brisa encantadora,
Que meciendo á la rosa purpurina
Abre su caliz y su tez colora:
Puro como la luz con que ilumina
Al verde prado la risueña aurora
—Amor que niño el corazón recibe
Se alhaga tierno y en su imagen vive.

¿Por qué mi labio delirante, osado,
Demandó tu piedad; por qué amorosa,
Cuando á tus pies me viste prosternado,
Me hablaste compasiva y cariñosa?
La copa del placer entusiasmado
En tu amor apuré, virgen hermosa,
Mas ¡ah infeliz! que devoró mi seno
Voraz candente, abrasador veneno.

Y en vano, hermosa, tu desden impio
Quiere apagar de mi pasión la llama;
Y en vano riego con el llanto mio
Las plácidas orillas del Jarama;
Todo me inspira soledad y hastío,
Mi voz do quiera con fervor te llama,
Te llama, si, y aprenden mis cantares
Las orillas del Tajo y Manzanares.

Adios, adios; si en tu infelice mente
Vaga un recuerdo de tu amor primero,
Si una lágrima viva, pura, ardiente,
Puede ablandar tu corazón severo,
Piensa en que agora, de mi patria ausente,
Y ausente de la hermosa por quien muero,
Lloro mi ausencia, tus desdenes lloro,
Y abrasado en tu amor firme te adoro.

NICOLAS GOMEZ-GONZALEZ.



TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche.

EL PILLUELO DE PARIS,

muy aplaudida comedia en dos actos.

PERSONAJES. ACTORES.

José Sras. Perez.
Baronesa Sampelayo.
Elisa Tabela.
Gertrudis Castillo.
General Sres. Lombia.
Amadeo Caltañ. (D. V.)
Bizot Azcona.
Hilario Garcia.

Criado Fernandez.
Criado Caltañ. (D. H)

Intermedio de baile nacional.

EL DIABLO COJUELO,

muy aplaudido juguete cómico, original de don Tomas Rodriguez Rubi.

PERSONAJES. ACTORES.

Margarita Sra. Perez.
D. Hilarion Sres. Lombia.
D. Luis Alberá.
D. Fabian Lopez.
Criado Reyes (D. M.)

Terminando con baile nacional.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.
Se pondrá en escena la comedia de gracioso, en tres actos, original de don Manuel Eduardo de Gorostiza, titulada

EL AMIGO INTIMO.

En la que desempeñará el principal papel el primer actor don Antonio de Guzman.

PERSONAJES. ACTORES.

Doña Juana Sras. Lamadrid.
Doña Damiana Llorente.
Martinez Casanova.
Rodrigo Sres. Sobrado.
Don Cómodo Guzman (D. A)
Don Teodoro Argente.
Don Vicente Norén.

Escribano Fabiano
Sebastian Garcia.
Don Frutos Guzman (D. J.)
Francisco Silvestri.

Boleras á doce compuestas y dirigidas por don Angel Estrella.
Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche.

MARINO FALIERO,

ópera seria en 5 actos del maestro Donizetti.

IMPRESA DE BOIX.